

Observaciones y generalizaciones

León Trotsky

19 de octubre de 1912

(Versión al castellano desde “Observations et généralisations”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 164-172; también para las notas. Publicado en *Odeskie Novosti*, número 8,852, 19 de octubre de 1912.)

Justo bajo mi ventana, una banda militar interpreta el himno nacional ruso, después de tocar los himnos búlgaro y serbio. Si se pudiera escribir un epígrafe a partir de los sonidos, el himno ruso sería sin duda el más apropiado para la política de los dirigentes búlgaros y serbios. A pesar de las victorias de la Liga Balcánica, los grupos políticos en el poder en los Balcanes siguen anhelando una intervención rusa voluntaria y, si es posible, rápida. Tienen sus razones.

- ¿Cuáles son los objetivos políticos de esta guerra?, pregunté en Belgrado, pero también en Sofía¹, a los ministros de ayer, hoy y mañana. La respuesta fue unánime:

- Mejorar las condiciones de nuestros hermanos cristianos en Turquía.

- ¿Qué quiere decir mejorar? ¿La creación de una Gran Serbia y una Bulgaria de San Estefano²? ¿Autonomía para la Vieja Serbia y Macedonia? ¿La creación de estados independientes? ¿O, más sencillamente, el inicio de importantes reformas administrativas?

Recibí respuestas muy diversas, en función de la posición oficial de la persona que daba la respuesta y de su temperamento, pero todas coincidían en un punto: abierta o encubiertamente, cuentan con el apoyo ruso. Los señores Pašić y Paču (ministro de finanzas de Serbia) me informaron del contenido de la nota que presentaron a la Puerta. Describieron detalladamente su programa. Stojan Novaković, líder del partido *naprednjak*, ya embajador en San Petersburgo y Constantinopla y, durante el episodio no tan lejano de la crisis de la anexión, primer ministro del gobierno de “gran coalición”, me dijo:

- Estamos en proceso de buscar la mejor solución, entre las posibles, para nuestros hermanos de Turquía y, obviamente, estamos convencidos de que la mejor es que se unan a nosotros.

Stojan Ribarać, líder de los nacionalistas serbios (antiguos liberales) respondió:

- Naturalmente, las reformas o la autonomía no serán el verdadero objetivo de la guerra, sino la liberación total de todos los serbios y su unificación en una Gran Serbia.

- ¿Autonomía? replicó Milorad Drašković, líder del ala derecha de los jóvenes radicales. - No, esa es una compensación demasiado exigua para satisfacernos.

- El primer ministro me confirmó que las peticiones serbias están recogidas en la nota conjunta de las potencias balcánicas, y que esta nota no va tan lejos...

- Eso es absolutamente cierto, pero en este momento (nuestra conversación tuvo lugar antes del estallido de la guerra) el señor Pašić, dada la posición en la que se encuentra, no puede expresarse de otro modo.

Y, ¿la oposición de Europa?

- Nuestro primer deber es lograr una victoria militar (respondió el Sr. Ribarać) que garantice el éxito político. En cualquier caso, contamos con el apoyo de Rusia a nivel práctico, y no sólo moral. Tras la anexión de Bosnia, Rusia nos defraudó y, en aquella ocasión, mi partido no dejó de estigmatizar duramente a la diplomacia rusa. Hoy esperamos que la opinión pública logre reconducir al gobierno de San Petersburgo por la senda del nacionalismo.

- ¿Y qué pasa con Europa, me pregunta usted?, respondió Lazar Paču, inspirador ideológico del gobierno de los viejos radicales. -Sí, es cierto, intentan asustarnos con esa historia de doce millones de bayonetas europeas que deberían proteger el Tratado de Berlín y el statu quo en los Balcanes. Pero desde Berlín, la “integridad” de Turquía ha sido violada varias veces, y con el consentimiento de Europa. Europa guardó silencio o se limitó a protestar. Austria-Hungría se apoderó de dos provincias serbias, Italia puso sus manos sobre Trípoli, pero los doce millones de bayonetas no se movieron. En cuanto a Rusia, su política al respecto no difiere en lo más mínimo de la de las demás potencias europeas.

- ¡Europa, Europa!, exclamó Milorad Drasković, antiguo ministro de industria. - Esta Europa es una nulidad. Las grandes potencias no saben tomar una decisión. ¿Y Rusia? Sí, contamos con Rusia, y el pueblo serbio en su conjunto comparte nuestra opinión. Para nosotros, no hay dos Rusias, la oficial y la del pueblo, como se dice a menudo. Rusia es una e indivisible. Rusia nos apoyará.

- Pero señor Paču...

Me responde con un gesto elocuente. Como ministro, el Sr. Paču no está en condiciones de decir otra cosa que lo que ha dicho. No en las circunstancias actuales.

- No descartamos la posibilidad de una reacción por parte de las grandes potencias de nuestra frontera septentrional (como buen político de la vieja escuela, el señor Novaković se permite circunloquios descriptivos), pero esperamos recibir cualquier forma de apoyo de Rusia. No puede dejar de ayudarnos.

- Quiere saber usted cuáles son los objetivos de esta guerra?, se preguntó un eminente político búlgaro cuyo nombre no puedo mencionar. Los objetivos oficiales están ilustrados en el manifiesto del rey Fernando, pero pueden ampliarse en función del cariz que tomen los acontecimientos. La política rusa en los Balcanes quedará suprimida para siempre si Rusia no nos apoya con todas sus fuerzas. Estoy a favor de una ofensiva militar dirigida por Rusia, continuó, con palabras distendidas. Dos cuerpos de Odesa desembarcarían en la costa del mar Negro, cerca de Constantinopla, y la península balcánica quedaría liberada del dominio turco. Rusia tendría abiertos los estrechos y los eslavos del sur volverían a ser libres y fuertes. Es ahora o nunca, o al menos no a medio plazo.

- Rusia tiene la obligación de ayudarnos, afirma otro político búlgaro menos influyente. Rusia sabía cuáles eran las intenciones de la Liga de los Balcanes e incluso había apoyado su política. Ahora debe asumir la responsabilidad moral de las consecuencias de nuestros actos.

El lector me perdonará esta aburrida serie de declaraciones de políticos serbios y búlgaros. Sin embargo, son muy instructivas. Aunque se contradicen entre sí, son unánimes en un punto: la esperanza o convicción de que Rusia apoyará a los ejércitos de las potencias balcánicas. Digo unánimes porque las respuestas de los señores Pašić y Paču, aunque parezcan contradecir estas conclusiones, se refieren a la política oficial rusa. En realidad, detrás de sus expresiones de fingida perplejidad, se percibe su convicción de que, aparte de la política oficial a favor de la paz y del statu quo, dirigida al escenario europeo, existe otra política rusa, la real, que coincide en lo esencial con la de los aliados balcánicos.

Sólo a la luz de esta convicción, que evidentemente debe tener fundamentos serios –(completamente desconocidos, por el momento, para los ciudadanos rusos) puede explicarse la resolución, a primera vista temeraria, de los gobiernos balcánicos.

Me explico. La guerra de los Balcanes tiene causas profundas, enraizadas en las contradicciones económicas, nacionales y estatales de esta sorprendente península, favorecida por la naturaleza y cruelmente mutilada por la historia. El desarrollo económico ha exacerbado el sentimiento de identidad nacional y ha aumentado la demanda de autodeterminación nacional y estatal. Serbia necesita una salida marítima. El

establecimiento de condiciones de vida normales en Macedonia es un requisito elemental para el desarrollo estable y sereno de Bulgaria. De esto no cabe ninguna duda. Por estos motivos se han extendido las opiniones favorables a la guerra, no sólo entre los representantes políticos, sino también, por lo que he podido comprobar, entre las masas populares. Los partidos socialistas de Serbia y Bulgaria se oponen resueltamente a la guerra; a pesar de ello, he conocido a un gran número de socialistas que se han dejado arrastrar por el movimiento nacionalista y patriótico general. Ayer pude ver en el hospital al primer grupo de heridos búlgaros y hablé con ellos. Están llenos de entusiasmo nacionalista, hablan con orgullo de la ofensiva del ejército búlgaro y de la inminente liberación de sus hermanos, y no son soldados profesionales, sino reservistas, es decir, auténticos campesinos búlgaros.

Por lo tanto, sería un error creer que la guerra fue fomentada artificialmente desde arriba. No, la iniciativa del gobierno respondía a una ola de sentimiento patriótico que venía de abajo. La conciencia política de estas masas es aún rudimentaria y existe una enorme diferencia entre el estado de ánimo del pueblo y su acción política. Como masa, el pueblo está totalmente desarmado políticamente. Por tanto, los partidos y las camarillas tienen vía libre para tomar iniciativas y ejercer presiones, y pueden tomar cualquier decisión, incluso la más arbitraria. Sin una política gubernamental favorable a la guerra, ésta no se habría producido, al menos en este momento. Por otra parte, esta política de los gobiernos balcánicos no habría podido aplicarse sin la convicción, bien fundamentada o no, eso está por ver, de que actuaban de acuerdo con los deseos de Rusia.

He aquí, pues, a grandes rasgos, el aspecto político decisivo de la cuestión balcánica. Veamos ahora el aspecto militar.

Ayer hubo una gran celebración en Sofía. Poco después de las cinco de la tarde, el ministro de la guerra recibió un mensaje telegráfico del cuartel general de Stara Zagora anunciando la toma de Kirklareli (Lozengrad), fortaleza turca situada al este de Andrinópolis, a sesenta kilómetros de la frontera búlgara. La noticia había sido esperada con impaciencia durante varios días por los políticos del Café Bălgarija, que llevaban tiempo afirmando que habían oído, de una fuente fiable, que Lozengrad había sido tomada. Incluso los periódicos de Sofía habían anunciado más de una vez la conquista de Lozengrad, sin tener en realidad forma alguna de confirmarlo. Tras las victorias iniciales y completamente secundarias de Tirmuš, Juman y Mustafâ, la población esperaba un éxito real e indiscutible del ejército búlgaro.

Finalmente, el día 11, a las cuatro de la tarde, Kirklareli fue verdaderamente tomada. El centro de la capital se convirtió en escenario de entusiastas ovaciones. Cediendo a la presión de la multitud, el ministro de la guerra se asomó a la ventana para pronunciar un breve discurso. Se agitaron banderas y la multitud llevó en volandas al embajador griego y al Sr. Bouchier, corresponsal en Sofía de *The Times* de Londres, considerado aquí como una especie de *lord protector* del pueblo búlgaro. Aparecieron banderas en las ventanas, en las barandillas y en los tejados. Hubo una procesión de antorchas y algunos jóvenes dispararon pistolas al aire. La gente se dirigió al palacio e intentó, en vano, sacar a la reina (Fernando estaba en Stara Zagora). Gritaban “¡Viva!” y cantaban: “¡Marš, Marš, Lozengrad naš !”³. Los transeúntes se felicitaban unos a otros, repitiéndose las noticias, tratando de extraer los detalles que faltaban. Al cabo de media hora, cientos de jóvenes, como patatas que escapan de un saco agujereado, salieron a la calle desde las redacciones de los periódicos. Sostenían en sus brazos las *ediciones especiales*, conocidas aquí como *priturkas*, y llenaban el aire con sus gritos. Hasta altas horas de la madrugada no volvió el silencio a las calles de Sofía.

No cabe duda de que la toma de Kirklareli fue un acontecimiento de enorme importancia: en cierto sentido, marcó el verdadero comienzo de la guerra turco-búlgara. La toma de la primera fortaleza enemiga, “tras una lucha encarnizada”, según las palabras del telegrama del cuartel general, reforzó la confianza de la población en el ejército y del

ejército en su mando y en sí mismo. Las fuerzas búlgaras del frente oriental conquistaron una base al este de Andrinópolis y esto, por un lado, facilitó un ataque a la ciudad desde el lado occidental, menos defendido, y por otro, abrió la ruta sudoriental hacia Constantinopla. Hasta qué punto la toma de Kirklareli desmoralizó a los soldados turcos es difícil de decir desde aquí. En teoría, podemos suponer que una ventaja moral para los búlgaros debe corresponderse con una desventaja moral para los turcos. En cualquier caso, sería un grave error sacar conclusiones optimistas, como las que están en boca de todos, tanto sobre la victoria de ayer como sobre la situación general.

Ayer, la prensa de Sofía, que en su mayor parte es bastante impúdica a la hora de relatar los *hechos*, ofreció a sus lectores una imagen fantasiosa de los trofeos conquistados en Lozengrad: 40.000 prisioneros, 40.000 fusiles, centenares de cañones, millones de kilogramos de víveres. Entre los prisioneros había príncipes, ministros, pachás... sólo faltaban princesas y pavos reales. Algunos periodistas europeos telegrafiaron inmediatamente estos hechos sensacionales a sus redactores. No es imposible que mañana los príncipes y pachás cautivos lleguen a Berlín o París por telégrafo. En realidad, la lista de trofeos ha sido enteramente fabricada por las sucias manos de los chupatintas de los *priturkas*.

No había noticias oficiales del estado mayor sobre el número de prisioneros o las pérdidas búlgaras. Sin embargo, ya habían pasado más de treinta horas desde la toma de Kirklareli. Esta mañana, todo el mundo estaba muy animado. La llegada de 320 prisioneros de Mustafá Pachá (entre ellos veinte búlgaros ortodoxos, dos armenios, un judío de montaña y el resto turcos) ha levantado aún más la moral de la multitud en las calles. Con sus fez rojos y grises, los prisioneros no parecían en absoluto miserables. La multitud se mostraba muy curiosa. Los jóvenes gritaban “¡Viva!”

A la hora de comer, los entendidos empezaban a preguntarse por qué no había más noticias de Kirklareli. Se podría pensar que el ejército búlgaro había sufrido graves pérdidas y que querían ocultárselo a la población. Así que nos preguntamos: si no nos hablan de las pérdidas, ¿por qué no nos hablan de los trofeos? Evidentemente, había muy pocos trofeos. De ello podemos deducir que la fortaleza no fue tomada por los búlgaros, sino que fueron los turcos quienes la abandonaron y se retiraron en buen orden. Si este fue el caso, los turcos debieron llevarse sus armas y alimentos y sabotearon los cañones de la fortaleza, tras un cañoneo que duró hasta el momento en que se retiraron. En consecuencia, los únicos prisioneros deben pertenecer al modesto destacamento de artillería que los turcos dejaron atrás para cubrir la retirada de la guarnición de Lozengrad. En cualquier caso, usted tendrá ciertamente la confirmación o la negación de mis conjeturas sobre estos hechos por un telegrama que puede llegarle incluso antes de esta correspondencia.

En cualquier caso, no hay razón para que lo ocurrido en Kirklareli se repita en Andrinópolis, como casi todo el mundo dijo ayer.

Las vastas afueras de Kirklareli estaban defendidas por bastiones de tierra y sólo tres fortificaciones permanentes. En cambio, Andrinópolis cuenta con diecisiete fuertes repartidos en un perímetro de cuarenta kilómetros. También hay que recordar que, en tiempos de paz, Andrinópolis contaba con una guarnición de cinco regimientos de artillería de fortaleza y dos batallones independientes, mientras que Kirklareli sólo tenía un regimiento de artillería. No cabe duda de que se concentraron grandes fuerzas en Andrinópolis, considerada por los turcos como la puerta de entrada a Constantinopla, mientras que la defensa de Kirklareli ha sido principalmente una cuestión de ganar tiempo, dado que el tiempo era esencial para los turcos. Los búlgaros han sido más rápidos en movilizar y desplazar a su ejército, que además era homogéneo y estaba lleno de entusiasmo. Los turcos, en cambio, disponían de una reserva de hombres mucho mayor y de importantes recursos financieros. Cada día que pasaba, las tropas turcas de Asia eran

movilizadas y trasladadas al escenario principal de las futuras operaciones bélicas, el vilayet de Andrinópolis y el sandjak de Çatalca.

Los objetivos políticos de la guerra son Macedonia y la Vieja Serbia, pero el principal teatro de operaciones estará inevitablemente en la región entre Andrinópolis y Constantinopla. De ello se deduce que la carga principal de la guerra será soportada por el ejército búlgaro. La principal tarea de los serbios, montenegrinos y griegos será entretener el ejército occidental turco y las tropas de guarnición en Macedonia y Albania. Naturalmente, no podemos descartar la posibilidad de enfrentamientos encarnizados también en este caso.

¿Qué podemos esperar del ejército búlgaro, destinado a desempeñar un papel decisivo en la estrategia de las tropas aliadas? Las operaciones militares están envueltas en un secreto tan impenetrable que todas las conjeturas se basan en consideraciones muy genéricas. Esto significa que es difícil formular hipótesis concretas, aunque las siguientes pueden bastar para que el lector comprenda los acontecimientos futuros.

¿Tomarán los búlgaros Andrinópolis?

Se dice que, durante la discusión del plan estratégico, surgieron diferencias en el seno del estado mayor búlgaro, pero no se sabe cómo se han resuelto. Los filisteos creen que el asunto ya está resuelto: Andrinópolis será tomada, y si no hoy, mañana. Hay noticias de que la estación de ferrocarril de Andrinópolis, incendiada por los bombardeos de los atacantes, está ahora en manos búlgaras; hace tres días llegaron telegramas diciendo que las fortificaciones periféricas del flanco noreste de Andrinópolis habían sido conquistadas. Si estas noticias son ciertas, sólo demostrarán que parte del ejército oriental (y principal) de Bulgaria está ocupado en operaciones en la zona de Andrinópolis, pero no que los búlgaros hayan concentrado sus fuerzas para atacar este lugar fortificado. Lograr este objetivo, suponiendo que fuera posible, requeriría semanas, si no meses, de preparación y recursos financieros superiores a los de Bulgaria. Mientras tanto, los turcos podrían desplazar un gran número de tropas desde Asia (a través de Midye y Constantinopla) y concentrarlas al sur de Andrinópolis, a orillas del río Ergene, o incluso más lejos, detrás del antiguo “Muro de Anastasio”, en Çatalca. Como resultado, tras la captura de Andrinópolis, el ejército búlgaro correría el peligro de quedar completamente separado de *Tsarigrad*⁴, el objetivo natural de toda la campaña (y es poco probable que Bulgaria pudiera mantener Andrinópolis durante mucho tiempo).

Es más probable que el alto mando búlgaro, habiendo establecido un importante punto fuerte (una división y media o dos) frente a Andrinópolis para bloquear la guarnición, decidiera desplazar el grueso de sus fuerzas hacia el sudeste. Partiendo de Kirkclareli y sorteando la fortaleza, era posible apuntar a Constantinopla. Ya ayer, los telegramas decían que el ejército búlgaro había llegado a Vize. El objetivo inmediato de esta marcha forzada parece ser el despliegue, en una posición favorable, a lo largo del río Ergene. Aunque se lograra este objetivo, no se descartaría la posibilidad de que los turcos se reunieran y tomaran inmediatamente una posición en Çatalca.

¿Conseguirá el ejército búlgaro cruzar estos estrechos pasos? Un político búlgaro, buen conocedor de todos los acontecimientos de la guerra turco-búlgara, me ha dicho: “Creo que atravesar la línea de Çatalca es una utopía estratégica. Los turcos sólo necesitan 50.000 hombres para bloquear la ruta a un ejército de medio millón de hombres. Y el camino a Tsarigrad pasa por Çatalca”.

Sin embargo, no se puede descartar que, habiendo ganado tiempo y concentrado sus fuerzas, la infantería de campaña turca pase a la ofensiva. La batalla principal podría tener lugar entonces en el cuadrilátero formado por Andrinópolis, Kirkclareli, Babaeski y Lüleburgaz. Dos ejércitos, con un total de 400.000 hombres, se enfrentarían en esta región. Sería una de las batallas más sangrientas de la historia militar y, obviamente, sería infantil intentar predecir el resultado. De todo ello se deduce que no hay motivos para ser optimistas sobre el resultado de las futuras operaciones del ejército búlgaro. La captura

de Lozengrad no condiciona nada. Simplemente nos introduce, tras un prólogo, en el verdadero drama; aclara las cosas y nos conduce hacia terribles acontecimientos. Sin embargo, el final permanece oculto tras un velo de sangre, igual que antes.

Si Turquía muestra resistencia, o se muestra capaz de pasar a la ofensiva, los aliados balcánicos insistirán más en pedir a Rusia que cumpla sus compromisos, que consideran obligaciones morales, si no formales. Parece que, independientemente de sus victorias o derrotas (y aquí vuelvo al tema con el que empecé esta correspondencia), los gobiernos balcánicos siguen contando con Rusia para garantizar, de un modo u otro, la consecución de sus objetivos políticos.

Me parece superfluo insistir en los riesgos que una intervención activa de Rusia supondría para la paz en Europa y para nuestro desarrollo social y cultural. Los ciudadanos rusos tienen sobradas razones para desconfiar de las seguridades dadas por la diplomacia rusa y los partidos que la sirven, total o parcialmente, sobre las supuestas acciones ilustradas del Sr. Sazonov para limitar la guerra de los Balcanes y salvaguardar la paz en Europa.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es

¹ Ver en esta misma serie de nuestras EIS: “Los partidos políticos y la guerra (dos monólogos)”. EIS.

² La Bulgaria de San Stefano. Este lugar está asociado al intento fallido de Rusia en 1878 de crear una Gran Bulgaria: una Bulgaria *de una mar a la otra*. El 3 de marzo de 1878, tras la victoria del ejército ruso que había llegado a las puertas de Constantinopla, se concluyó en San Stefano un acuerdo de paz (firmado por Ignátiev y Nelidov por Rusia y por Savfet y Sadüllah por Turquía). Los artículos de este tratado reconocían la autonomía de Bulgaria sobre un territorio que comprendía Bulgaria, Rumelia Oriental y una gran parte de Macedonia, así como su acceso tanto al mar Negro como al Egeo (art. 6). También se concedió a Bulgaria la posibilidad de elegir un príncipe y redactar su propia constitución, tarea asignada a una “asamblea de personalidades eminentes” bajo la supervisión de un comisario ruso que debía supervisar “la labor del nuevo gobierno” durante un periodo de dos años (art. 7). El acuerdo estipulaba asimismo la retirada de las tropas otomanas de Bulgaria, que pasaría a estar bajo la égida de Rusia (art. 8). Bulgaria se comprometía a pagar una indemnización a Turquía, cuyo importe se determinaría con el acuerdo de Rusia, la Puerta y otros gobiernos (art. 9). La Bulgaria de San Stefano no se consideró viable. Las grandes potencias revisaron el acuerdo durante el Congreso de Berlín, lo que condujo a que la Gran Bulgaria se redujera en casi un tercio.

³ “En marcha, en marcha, Lozengrad es nuestro”. N. E.

⁴ “Muro de Anastasio”. Fortificación construida por el emperador bizantino Anastasio I el Silencioso, construida a principios del siglo V para proteger Constantinopla de las incursiones búlgaras. “Tsarigrad”: “... y si llama a Constantinopla su Tsarigrad, o Ciudad Imperial, es tanto en previsión de que el zar ortodoxo venga del norte y entre en ella para restaurar la verdadera fe, como en recuerdo del zar ortodoxo que la poseía antes de que los turcos invadieran la ciudad.” Federico Engels, “[Política británica] [Europa y Turquía]”, página 5 del formato pdf, en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional](#). N. E – EIS.